5.

DEFENSA

DE LA COMEDIA INTITULADA

CONTIGO PAN Y CEBOLLA,

CONTRA LAS CRÍTICAS

que han hecho de ella los periódicos de Madrid.

DIRIGIDA Á LOS REDACTORES

DE LA REVISTA ESPAÑOLA

POR

DON ANGEL DE CEPEDA.



MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Agosto de 1833.

Se hallará de venta en Madrid á 2 reales en la librería de Escamilla, *calle de Carretas.*

Señores Redactores de la Revista Española: muy señores mios, todos los periódicos de esta Capital han hablado con grande elogio de la comedia intitulada Contigo Pan y Cebolla, confirmando en esta parte los aplausos y aceptacion que ha merecido al público. Todos igualmente han notado en ella los mismos defectos, lo que bastaria para demostrar que son reales y evidentes, sino pudiera presumirse que los autores de las críticas se han juntado mas de una vez antes de tomar la pluma para hacer, como lo han hecho, la mas primorosa diseccion de la pieza, y asesorarse unos con otros sobre las tachas que se le podrian poner. En este caso desaparece todo el peso que resultaria de la conformidad de votos; y reducido á uno el de mu-

chos, viene á suceder lo mismo que en aquel juego de prendas, en el cual el que lleva el juego dice lo que se le antoja, y los demas no hacen mas que bajar la cabeza, y repetir constantemente: Bonorum, Bonorum, Bonorum. Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que por confesion de los mismos críticos las bellezas de la obra son muy superiores á sus faltas, y se le debe aplicar de consiguiente el manoseado fallo: *ubi plura nitent in carmine* &c.; y como por otra parte las críticas de los diarios no suelen vivir arriba de veinticuatro horas, y estan espuestas á retractaciones cuando á sus autores les acomoda sostener la opinion contraria, al paso que la censura del público en punto á representaciones dramáticas nunca retrocede, antes bien si es favorable se confirma con el tiempo, y añade cada vez mas solemnidad al triunfo del escritor, quiere decir que seria acaso mas discreto no salir á la defensa de la referida comedia, y dejarla que se defendiera ella misma, propor-

cionando cuantiosas entradas al coliseo en que se representó. Sin embargo, aunque la susodicha pieza no necesite de mi apología, tal vez será útil para otras que se escribirán mas tarde; y es bueno que los pobres autores no se desanimen, ni pierdan el sueño pensando en los formidables aristarcos con quienes se las han de haber: porque si yo probara que estos temidos leones no son tan fieros como los pintan, podrian escribir con mas tranquilidad los desdichados ingenios que se dedicasen al teatro; y sino lo consiguiere, del conflicto de las opiniones resultará la verdad, cuya victoria es mucho mas importante que la de todos los tiznadores de papel pasados, presentes y futuros. Voy, pues, á entrar en materia respondiendo indistintamente á unos y otros adversarios, sin detenerme á examinar sus respectivos artículos; porque esto bien se ve que seria obra de romanos, y yo no sé, ó estoy apasionado, lo que podria muy bien suceder, y nada lo estrañaria; ó se me figura que cada fra-

se de algunos de ellos me daria pie y márgen para una glosa que seria algo mas divertida que esta réplica, y puede ser que aun mas que la misma fábula.

El principal cargo que se hace contra la espresada comedia es lo inverosímil, lo exagerado, lo falso del carácter de la heroina; y esto lo prueban ustedes con dos argumentos. El primero es que una muger apasionada es imposible que renuncie á casarse con su amante solamente porque es rico. ¿Pero quién ha dicho que se trata de una muger apasionada? Matilde es una niña de diez y siete años, que ha leido muchas novelas, y está ella misma jugando á las novelas. Le agrada su amante porque es imposible que no le agrade; pero la preferencia que le da está muy lejos de ser una pasion: suprimida esta, se acabó la inverosimilitud, pues nada tiene de estraño que una niña que no está enamorada renuncie á un casamiento por motivos frívolos. En lugar, pues, de argüir ustedes diciendo,

que es imposible que una muger apasionada renuncie á casarse con su amante por motivos frívolos, deben ustedes conocer que pues renuncia á casarse por motivos frívolos no estaba enamorada: asi es como el autor ha querido pintarla; y el público lo ha entendido muy bien. Vstedes no lo han entendido. ¿Cómo quieren ustedes que yo lo remedie? Pero, señor, su lenguage, sus acciones... ¡Toma! ¿No ven ustedes que está jugando á las novelas, y nadie puede impedírselo? Mas digo, ella misma cree estar enamorada, poseida de una pasion invencible, pero no lo está, ni sueña en ello; la prueba es que deshace su casamiento porque su padre se alegra de él, porque su novio es rico, porque es mayorazgo, porque será Alguacil Mayor; en fin, porque no la dejan jugar á las novelas, que es lo que ella quiere, y lo que hace durante toda la comedia hasta que llega el desengaño. De aqui nacen las contradicciones que ustedes han creido hallar en su lenguage: de aqui la decantada inverosi-

militud de preferir la ventana á la puerta cuando trata de escaparse, que es el segundo argumento de que ustedes se valen para sostener su proposicion: de aqui todo lo que ustedes solos no han entendido; y advierto que esto de preferir la ventana á la puerta lejos de ser un lunar, como ustedes creían, es un rasgo bellísimo que acaba de retratar á la niña, la cual si hubiera existido cuando llegase á otra edad reflexionaria sin duda en los peligros que hubiera corrido si en lugar de tropezar con don Eduardo, hubiera tropezado con alguno de tantos galafates como andan por el mundo; y lo mismo reflexionarán, si lo tienen á bien, todas las niñas de esta clase que asistan al teatro; resultando de ello esa famosa conviccion que segun ustedes debe ser el objeto de la comedia. Por lo demas hay niñas que son mugeres á los diez años, y mugeres que son niñas á los veinticinco: el autor ha tomado un término medio; y como el juego de las novelas es muy superior en ge-

rarquía al de las visitas, al de las muñecas y á cualquiera otro de los que se usan, y tiene ademas la ventaja de poderse jugar con personas grandes, tampoco desdice, antes bien es muy propio de una niña de diez y siete años.

Ven ustedes, señores, que no hay que hacer ninguna concesion al autor para que su comedia sea de recibo, y que de consiguiente pueden guardarse su indulgencia para mejor ocasion. Pero aunque hubiese que echar mano de esta virtud, ¿quién de ustedes, hablando francamente y como si no nos oyera nadie, si la obra fuese suya seria capaz de sacrificarla por no hacer una suposicion hasta cierto punto inverosímil? ¿No es verdad que cuando se tratase de defenderla se agarrarian ustedes de un clavo ardiendo, apelarian á las escepciones de la regla, á los caprichos de las mugeres, al poder de la imaginacion, á todos los fenómenos fisiológicos? ¿No clamarian ustedes, poniendo el grito en el cielo, que si es inverosímil que una muchacha apasionada

renuncie sin gran motivo á su amante, mucho mas lo es que un hombre formal y de talento no quiera visitar á sus jueces, y se alegre de perder un pleito del cual depende toda su fortuna, y la felicidad de su muger y de sus hijos si se casa, solo por el gusto de renegar de los hombres, como se ve en la flor, nata y espuma de las comedias clásicas, en el Misantropo de Moliere? Creo, señores mios, que dirian ustedes todo esto, y yo nada de esto digo, ni repito otra cosa sino que no han entendido ustedes la comedia, no la han entendido; porque si la hubieran entendido se hubieran guardado muy bien de meter tanto fárrago como han metido en esos desdichados periódicos.

Otra cosa de la cual tambien se han quedado ustedes en ayunas, y á fé que estaba bien clara, ha sido el objeto moral de la pieza. Se han empeñado ustedes en que el autor vituperaba los casamientos que se contraen entre personas pobres, lo que seria lo

mismo que vituperar las noventa y nueve centésimas partes de cuantos se contraen en toda la redondez de la tierra. Pero el autor tiene demasiado juicio para incurrir en una bobada de ese calibre: lo que ha vituperado, pues, no son los casamientos de personas pobres, como no tengan otra desgracia que esta, sino los de las personas pobres que son incapaces de ganar su vida; de los pobrecitos holgazanes, en una palabra; de los señoritos que no saben mas que bailar la mazurca con las señoritas que no saben mas que leer novelas. Estos matrimonios aunque no se hagan me parece que no se perderá mucho; y no es menester tocar á somaten para que el bello sexo acuda á defender su causa, porque nadie trata de desencantar el mundo, ni de proscribir el amor, ni de desencantar á nadie; y si á ustedes les hacen tanta gracia los encantamientos, bien pueden permanecer encantados hasta el dia del juicio, y bajo la forma que quieran, aunque sea la de los compañeros de

Ulises. Tampoco resulta de la comedia que la verdad es fea, antes bien todo lo contrario, como que el autor sabia desde tamañito los versos de Boileau.

Rien n'est beau que le vrai &c.

Vuelvan ustedes, pues, á hacer el artículo del Correo de las Damas, ó restituyan á los abonados su dinero, ó dénles un figurin mas en cambio, ó á lo menos una caricatura; y si ustedes quieren yo les daré el pensamiento.

La tercera cosa que han entendido ustedes al revés, y no estaba mas oscura que las anteriores, ha sido el argumento de la comedia. Dicen ustedes hablando *ex cathedra*, á fuer de buenos periodistas, *que esta clase de planes en que varias personas fingen una intriga para escarmiento de otra son incompletos y conspiran contra la conviccion, que debe ser el resultado del arte.* Luego veremos lo que hay en esto; por ahora me contentaré con decir á ustedes que el argumento de Con-

tigo Pan y Cebolla no pertenece á la tal clase. Nadie trata de escarmentar á Matilde, ni de convencerla de que las novelas son perniciosas: don Eduardo de lo que trata es de casarse con ella: se finge pobre, porque es el único medio de que ella consienta en la boda; el padre se presta á la ficcion, porque el novio le acomoda para yerno: aqui se remató la historia; y para prueba de ello léase la difusa carta de don Eduardo á don Pedro, en donde se trasluce todo el plan, y examínese si hay en ella ni una sola palabra de la cual se infiera que quiere dar una leccion á Matilde. Pues si es asi, dirán ustedes, ¿por qué no la desengañó al instante que les echaron las bendiciones? ¿Para qué? Hubiera sido el modo de hacerse aborrecer. No señor. Matilde probará la miseria; si tiene bastante carácter para sufrirla y amarla, fácil es dejarla vivir á su gusto; si es una muger como todas, al instante que eche de menos sus bienes, se le devolverán. Por supuesto que su marido de-

sea esto último, porque le divierte muy poco vivir en una guardilla &c. Y asi dice aquello de, *apretemos el tornillo*, y otras espresiones; pero no le descubre la verdad, ni al fin de la comedia; ni ella confiesa su error, ni hace otra cosa que buscar pretestos para volverse á casa de su padre. Quiere decir que el autor no trató de escarmentarla, sino de recordar á las señoritas que van al teatro que los colchones pesan mucho, y que la que no tiene lavandera es preciso que se lave la ropa; y si se lisonjean con la esperanza de que su novio se volverá rico, deben reflexionar que para una vez que esto suceda, ciento deja de suceder, y el que es pobre de soltero, lo es mas despues de casado.

En cuanto á si los planes de que habla el autor del artículo son incompletos, ó bien si la conviccion que producen es incompleta, que es lo que quiso decir, porque esto de propiedad y exactitud Dios la dé, me parece que es un sofisma; porque nadie que

asiste al teatro deja de distinguir lo que pertenece á la fábula, de lo que pertenece á la moral; y por otra parte, de lo que las comedias pueden convencer á los hombres no es de que los vicios son perjudiciales, sino de que son ridículos, y de que exponen á los viciosos á la rechifla universal; esto no depende de la naturaleza de los argumentos ni de los desenlaces, y tan ridícula es Matilde en un dia de pobreza como en ciento, y el Avaro de Moliere habiéndose casado con su querida como no habiéndose casado. Quiere decir, que se llevó la trampa todo lo que ustedes *han dicho ya en otra ocasion* acerca de esta especie de planes. Por lo demas cada uno es dueño de establecer las categorías que quiera en materia de géneros; para mí no hay ninguno malo sino el soporífero. Lo que es menester es saber manejar el asunto, en la inteligencia de que cuanta menos accion mas verosimilitud, pero tambien menos interés y efecto; á saber: en la comedia clásica, en donde

no tienen cabida las pasiones violentas; de este mal paso salimos como de todos los de la vida, haciendo equilibrios, y mas ó menos contusos y estropeados. A veces es un dolor sacrificar un asunto bello como este, y el arte del poeta consiste en aprovechar los entreactos. Si consigue que no se note la inverosimilitud en la representacion, ha cumplido, y no se le debe pedir mas. Juzgado por estas reglas el autor de Contigo Pan y Cebolla, me parece que saldrá triunfante. Moratin es pobrísimo en sus argumentos, porque inclinó la balanza hácia la verosimilitud; y sin su agigantado talento y su inimitable diálogo hubiera fastidiado. No sé; mi memoria flaquea; hace años que no me ocupo en cosas de literatura, y no tengo libros, aunque he comprado algunos; pero la vida de árabe beduino que he llevado hasta ahora no me ha permitido conservarlos. Me parece, pues, que en la Mogigata hay una pasion, casamiento é incidentes poco menos repentinos y aglomera-

dos que los que se critican. Moliere no fue tan escrupuloso; y por lo que hace á fingir un enredo para desengañar á varios personages ó burlarse de ellos, ahí estan las Preciosas Ridículas, la pieza que hizo esclamar á un espectador, ánimo, Moliere, esa es la buena comedia. Tambien hay algo de esto en el desenlace de las Mugeres Sabias, y aun en lo mas importante del Hipócrita, y acaso en otras que no tengo presentes: con que, si mi memoria no me engaña, los críticos han envidado en falso. Por lo demas se ve que he confundido en este párrafo dos cuestiones, la de los planes, y la de la aglomeracion de incidentes; pero no tengo lugar para escribirle de nuevo.

Otro cargo mas grave, pero cuya gravedad pesa toda sobre los críticos, no sobre el autor, es el que se hace á éste en una cláusula muy corta: ya conocen ustedes que voy á hablar de la cama. A la verdad, despues de tantas cosas que ustedes solos no han entendido y el público sí, era razon que hu-

biese una siquiera en la cual se mostrasen ustedes mas linces que el público y que yo, que nada tengo de corto de vista. Dicen ustedes, compadeciéndose de la heroina de la comedia: *la infeliz Matilde tendrá que levantar la cama, que por mas señas está á la vista del espectador en un estado de desorden propio del dia.* No es cierto. Yo he asistido á la primera representacion de que ustedes dan cuenta, y estaba en un palco principal; he presenciado la tercera desde una luneta de segunda fila, y no he visto la menor señal que indicase si los que habian dörmido en aquella cama eran dos novios, ó dos aprendices de carpintero. Se conocia, sí, que habia dormido alguno, y debia conocerse, porque si hubiera estado hecha ó levantada, Matilde no hubiera tenido que poner las manos en ella. Se inferia asimismo que no habia otro cuarto que aquel, que era lo que el autor se propuso dar á entender, y lo único á que atendió el público, pues como no hay en todo el acto ni en toda la co-

media alusion ninguna próxima ni remota á lo que ustedes quieren significar, ni puede haber diálogo mas casto, ustedes solos fueron los escandalizados, y los que vieron, con la imaginacion sin duda, el desorden referido. ¿Y querrán ustedes persuadir á nadie que podia suceder lo contrario? ¿Tan pacientes les parece á ustedes que son los señores censores eclesiástico y civil, el señor corregidor, los señores alcaldes de corte, que habian de tolerar semejante indecencia? Y si esto es asi, ¿cómo pueden ustedes librarse de la sospecha de mala fé que lleva consigo una insinuacion tan aventurada? Aseguro á ustedes que esta es una de las cosas que me han hecho coger la pluma, y que quisiera poder atribuirla á ligereza, ó pujo de hacerse el gracioso, como lo haria si tan solo á uno de ustedes se le hubiese ocurrido; pero al ver que todos ustedes, cual mas, cual menos, han hocicado en lo mismo, y que si uno ha sido el inventor, los demas lo han aprobado, no he podido dejar de sentirlo,

y de notar el contraste en unos predicadores tan austeros de la moral, de la delicadeza, del buen tono, y de todo lo que no se posee con solo estar hablando de ello continuamente.

Ahora viene bien tocar el punto de las chocarrerías, y para no meterlo á barato vale mas convenir antes en los términos. Yo entiendo por chocarrería un chiste grosero y bajo, y á ninguno de los dos que ustedes citan se le puede aplicar esta calificacion. El primero, por mas que se estire la cuerda, no quiere decir otra cosa sino: *de aqui á la hora de la cena muchas mugeres pueden concebir*; y como no se dice que sean solteras ó viudas, no hay ni siquiera liviandad en la frase. Convengo sin embargo con el Correo Mercantil en que es donaire forzado é inferior á los demas. Debe por consiguiente suprimirse, y el autor lo hará sin duda cuando alguno se lo advierta, pues no todas las pequeñeces se le pueden ocurrir á uno mismo, ni es lícito á todos corregir sus obras diez años. El segun-

do es hijo del título, que es un refran muy espresivo y adecuado al asunto; y si se pusiera *me hace daño*, en lugar de *me repite*, se debilitaria. Este es uno de tantos compromisos de amor propio; lo mas seguro es hacer el sacrificio; pero de todas maneras no hay ni puede haber chocarrería en una espresion tan inevitable. En cuanto á las otras citas que omiten ustedes por no parecer rigurosos, gracias por la moderacion; pero si se trata de otros dos chistes que yo presumo, el uno es de buena ley, como ustedes dicen, y tambien el otro, á no interpretarle tan groseramente que ni entre presidarios pudiera pasar, lo que no merece el autor que se haga.

Tratemos ya de las mejoras que ustedes proponen con el objeto de perfeccionar la pieza, mejoras sobre las cuales no hubo conferencia sin duda, porque como dice el canónigo don Juan de Castro, autor de los Discursos sobre las leyes y sus intérpretes, en esta parte van muy dispersos los críticos. Con-

efecto, el anónimo del Boletin de Comercio quiere que se supriman los tres primeros actos (yo lo creo), que se haga la triseccion del último, que se introduzca otro matrimonio mas feliz, y que el amante no sea tan tibio, es decir, que no se muestre alegre cuando tan solo un momento duda de su felicidad. Otro artículo firmado con una B. sola, como marca de calcetines, quiere únicamente que se omitan algunos pormenores domésticos (la cama y el chocolate, ¿no es verdad?). Por fin el hermano terrible quiere que los novios sean realmente pobres, y el desenlace infeliz. Ea, señores, que no se quede la cosa en buenos deseos: manos á la obra: hagan ustedes la caridad de refundir la comedia segun sus indicaciones, y yo prometo ir á verla. Lo prometo, aunque tenga que empeñar una levita para pagar el asiento, porque si el lenguage corresponde, es decir, si procuran ustedes templar el tono de la *baja sociedad* con el de la *alta comedia*, haciendo una especie de mich y mich co-

mo el que yo tomo por las tardes, si suprimen el *complot* ó la *intriga*, lo que les diere mas rabia, y añaden unas cuantas *garantías* para que el *patio* no se *alarme*, ni la *cazuela sucumba*, es preciso que resulte un drama verdaderamente *capital*, un *gefe de obra* (no quiero decir arquitecto ni sobrestante), una alhaja digna de un príncipe.

Resta distribuir á cada periódico la parte que le corresponde. El Boletin Oficial no escribe mas que para elogiar, y asi no es posible hacer otra cosa que darle un millon de gracias. El Correo Mercantil, esceptuando la lelada de la cama, nada encierra de que un hombre prudente deba resentirse, pues aunque se equivoque en su juicio, los errores de entendimiento no son errores de voluntad. El Boletin de Comercio escribe con mas cautela, pero al momento entrega la carta; pues ademas de la insinuacion del tálamo nupcial, como sino le bastáran los defectos que ha creido hallar en la nueva fábula, trae su relacion desde el huevo de Helena ó de

Leda, ó de quien fuese, para hablar de lo intrincado é inverosímil del plan de Indulgencia para todos, de lo mal desempeñada que está su escena principal, y de lo demasiado decantadas que son sus endechas: lo que aun suponiendo que fuera ciertísimo, cuanto mas cierto sea tanto mayor malignidad parece recordar un descalabro el dia de una victoria. Por fin la Revista Española y el Correo de las Damas no se andan en cumplidos, porque, prescindiendo de lo que llevamos citado, aseguran otro sí, *que en toda la comedia reina cierto mal tono* (cuidado con el toda); *que hay en ella gracias de baja sociedad* (no sé de dónde se le habrán pegado al autor estos resabios, pues que por su nacimiento y mérito personal siempre alternó con lo mas encopetado de Madrid, y despues que salió de España no ha sido menos dichoso); y últimamente, *que los mas de sus planes pecan por el mismo defecto, y que el público responderá á la atrevida pregunta de si esta vez ha desempe-*

ñado bien su asunto, habiendo tenido tantas escenas eminentemente cómicas á su disposicion (él solo las tenia por lo visto; y las tenia por aquella regla de que todo pedazo de mármol contiene una bellísima estátua, que cualquiera puede hacer sin mas que quitar lo supérfluo).

No quisiera acabar sin decir una palabra acerca del preámbulo que se ha puesto al artículo de la Revista, porque encierra cosas á mi parecer muy estrañas, y dichas aun mas estrañamente. Al principio como que se inclina á defender las novelas; y yo soy tan poco amigo de las proscripciones en masa, que ni aun la clase de las novelas quisiera proscribir. Sé en efecto que hay muchas llenas de hermosos cuadros y sentimientos, como las de Walter Scott y Augusto Lafontaine, y aunque no fuera sino en obsequio de otras dos cortísimas, el Leproso de la ciudad de Aosta, y Eudolia ó la jóven enferma, permitiria que las demas circulasen libremente, con tal que hubiese eleccion. Pe-

ro las novelas no se han hecho para los jóvenes, aunque andan en manos de los jóvenes, asi como las fábulas no se han hecho para los niños, aunque se obliga á los niños á que las aprendan. Aquellas tienen ademas otro inconveniente, prescindiendo de los que mil veces se han repetído, y es que, como se han escrito tantas, para dar interés á las nuevas es preciso apelar á recursos estraordinarios; y en un siglo tan corrompido como el actual, en un siglo en que todo se traduce en dinero, no hay especie de mónstruos que no hallen acogida en ellas, como sucede con las que se publican diariamente en Francia, cuyos autores parece que no se proponen otro fin que el de envilecer cuanto se ha tenido hasta ahora por respetable, y apurar todas las bellezas del adulterio y del incesto. Nosotros no hemos llegado todavía á tan alto grado de civilizacion, pero en el camino estamos; y asi debe calificarse de insigne servicio el que hace cualquiera que enseña á desconfiar por lo

menos de las novelas, como lo ha hecho el autor de Contigo Pan y Cebolla.

Es lástima, señores, que no hayan podido ustedes entender esta comedia, y que hayan asistido al teatro como los anteojos de las damas, que no faltan ninguna noche, pero se vuelven á su casa tan enterados como vinieron.

E peró sen ch'io li aduli
viajato ne avea come i bauli.

Es doloroso que desacreditando las bellezas de aquella composicion no hayan sabido ustedes encontrar los defectos que sin duda tiene, pues al cabo es obra de un mortal, y por consiguiente imperfecta y achacosa. Esto prueba que son ustedes todavia nuevos en el oficio, ó que han errado la vocacion; y con efecto dicen que todos ustedes saben hacer versos sublimes, lo que no puedo asegurar, porque no los he visto: pero, ¿por qué diablos no los hacen?

¿Cuánto mas vale escribir hermosos versos que no ruin prosa? Yo á lo menos asi haria si tuviera la felicidad de componer bien, lo que hallo cada dia mas dificil. Por lo demas, ya sea que se dediquen ustedes á la poesía ó á la prosa, nunca deben olvidar el *scribendi recte* de Horacio. Siempre deben meditar lo que escriben; deben sobre todo borrar mucho, porque si al hombre de mas entendimiento, para cada buena idea que tiene se le ocurren cien patochadas, ¿cómo es posible que todo lo que se nos ocurre á los medianos sea bueno para imprimirse? Yo sé, y lo confieso de buena gana, que es terrible precision la de escribir para el dia siguiente; y creo como creo que me he de morir, que si ustedes hubiesen tenido para prepararse á escribir sus artículos todo el tiempo que á mí me ha sobrado para responderles, nunca hubiera llegado el caso de que nos escopeteásemos. Pero todos los oficios tienen sus tretas, y en el de ustedes cuando uno se ve precisado á hablar de al-

gun asunto escabroso, y no le dan tiempo de meditar y de ver las cosas bajo todos sus aspectos, vale mas escaparse por la tangente, ó limitarse á los elogios que no tienen responsabilidad, pues como dice á menudo el autor que ustedes han criticado, mas corazones se ganan con el sombrero que con la espada. A esto me dirán ustedes que en punto á elogios no han andado escasos; y es una verdad, pues con la cuarta parte de los que ustedes han hecho de la obra se podria contentar el hombre mas presumido. ¿Pero de qué sirve edificar con una mano lo que se destruye con la otra, y cómo no han visto ustedes que si sus críticas eran fundadas, era imposible que lo fuesen los elogios? Esto es tan cierto, que desde que aparecieron sus artículos ya empezaron á mudar de lenguage algunas gentes de aquellas que siempre hablan por boca de ganso, y empezaron á decir: sí; la comedia es entretenida, pero no puede resistir á la crítica. Asi como ahora darán un cuarto de conversion á la

izquierda, y pegarán con ustedes.

En cuanto á mí, bien sabe Dios que ninguna gana tenia de salir á la palestra; y si fuese mia la obra, no me defenderia aunque me hubiéran puesto ustedes como hoja de peregil. Esto mismo ofrezco hacer, si por mi desgracia llega el caso; pero en la ocasion presente me he creido obligado á volver por una persona que está muy lejos de aqui, y con la cual me unen los mas sagrados vínculos. Ustedes han visto como lo he hecho, y que sin recurrir á personalidades impropias de la buena educacion, ni á represalias y excursiones fuera de mi territorio, á pesar del derecho que tenia de imitar á ustedes, y de lo ventajoso que hubiera sido para mí, he despachado la tarea que me impuse en pocos renglones, y sin olvidar el *interdum urbani parcentis viribus*; aunque dejando, sí, una punta de guindilla para dar sabor, porque de lo contrario nadie me hubiera leido, y era escusado escribir. Si á pesar de todo se me

ha escapado alguna cosa que mortifique demasiado á ustedes, les ruego que me disimulen, considerando que ésta será la primera y última vez que nos requebraremos, y acordándose de que han sido los agresores. Queda de ustedes atento servidor = *Angel de Cepeda.*